

pobre trabajador, siguiera la miserable condición paterna. Entonces, lo natural para nosotros, lo que hubiéramos encontrado justo e inapelable, habría sido que aquel chico que sabía leer en los libros hubiera estudiado, aunque fuera hijo de un jornalero, y que la aguja y el dedal pasaran a las manos de quienes para mejores oficios no sirviesen, por más hijos que fueran de señores empingorotados, o de todos y de cada uno de los mismísimos siete sabios de Grecia.

Nos quejamos de que no tenemos hombres. Pero ¿es que nos preocupamos siquiera de buscarlos? ¿Es que los genios que habrán de salvarnos han de nacer por fuerza entre sábanas de Holanda, entre estufas y pebeteros?

Fuera de aquí la educación de los más aptos es objeto de la atención preferente de políticos y gobernantes. Sin contar las instituciones de los países que en la post-guerra aspiran a constituirse según un nuevo ideal de justicia social, los viejos pueblos, por instinto de conservación, evolucionaron, hace tiempo, hacia este supremo reconocimiento de la personalidad del hombre. Francia, que gasta muchos millones en becas para segunda enseñanza, formulaba ya en 1909, por boca de Carnaud, el principio de «A los más aptos, aunque sean los más pobres, la mayor cultura». En Alemania—según el «Boletín de la Secretaría del Congreso, de donde rápidamente tomamos estos datos—las grandes ciudades, Berlín, Colonia, Brema, Hamburgo, Leipzig, Breslau y otras, organizan sistemáticamente la educación de los más aptos abriendo para ellos escuelas especiales, seleccionándolos metódicamente, llegando materialmente a su expropiación por causa de utilidad pública, por cuanto llegan a indemnizar a las familias privadas del sueldo de sus hijos, e indicando así la voluntad de ese pueblo de aprovechar todas las energías nacionales y cultivar todas las promesas de talento, de iniciativa y de vigor. En Bélgica no ha mucho se presentaba un proyecto de ley creando «Fondos Municipales y Provinciales de los más aptos», asignándoles recursos, estableciendo Comités de Selección y dando reglas para la concesión del auxilio a los jóvenes de uno y otro sexo para estudios de segunda enseñanza, técnicos, profesionales y artísticos, cursados en cualquier establecimiento público o privado.

Y en Inglaterra, el ministro de Instrucción, Mr. Fisher, en 1917, resumía la esencia de sus proyectos diciendo: «El gran problema estriba en dar a todos los niños una igualdad de oportunidades. Es preciso que los que tengan la capacidad intelectual y el vigor moral para elevarse por encima de la condición en que nacieron posean los medios de triunfar; es preciso que el creador, el inventor, el hombre de acción, el jefe que, ignorado por sí mismo, está oculto en el niño que se sienta en el banco de la escuela, encuentre en ella ambiente favorable para su desarrollo; es preciso que se implante un sistema de instrucción nacional amplia y libre para conducir al talento y al mérito a la realización de su destino».

En cuanto a nosotros, nada más elocuente que el ejemplo de esos hombres que, nacidos en el arroyo, sin instrucción, sin educación y sin principios, pulimentándose en fuerza de rodar como los rollos en el río, consiguen llegar a la notoriedad social y política e imponen su personalidad, y son oídos, y admirados, y adulados, y obedecidos por quienes monopolizan inútilmente los medios que a ellos les faltaron. ¡Y decimos que no hay hombres! Pues si esos pocos llegaron, sin más auxilio que la incontrastable pujanza de su talento natural, ¿cuántos

de los que no pudieron germinar o en el camino se destrozaron, no llegarían si al cultivo del hombre se prestara la más pequeña atención?

¡La igualdad de oportunidades! ¿A qué menos puede tener derecho, en interés de la colectividad más que en el propio, el ciudadano de un pueblo culto?

Porque lo justo—y lo que será—no es el auxilio social subsidiario para el alumbramiento de inteligencias que por falta de medios pudieran quedar ocultas, sino la igualdad absoluta de medios sociales, materiales y espirituales en la formación del individuo.

¡La igualdad en el punto de partida! Esta es la verdadera igualdad, la sola justa y la única posible. A ella habremos de llegar los pueblos remolcados y a ella habrán de reducirse aquellos otros que, en un movimiento de reacción natural, la hubiesen excedido.

FERNANDO GIL MARISCAL

(La Libertad, Madrid).

Política, conciencia

La voluntad y la conciencia son una misma cosa. El que no tiene conciencia no tiene voluntad y el que no tiene voluntad no tiene conciencia. Para conocerse hay que querer conocerse. Y así en el pueblo. Y la política liberal crea conciencia y voluntad nacionales porque crea nación.

La voluntad de un pueblo es política siempre y toma forma política, conciencia; los deseos son apolíticos. Y nada apolítico se realiza mientras no tome forma política. El apoliticismo es inconciencia o... picardía.

MIGUEL DE UNAMUNO

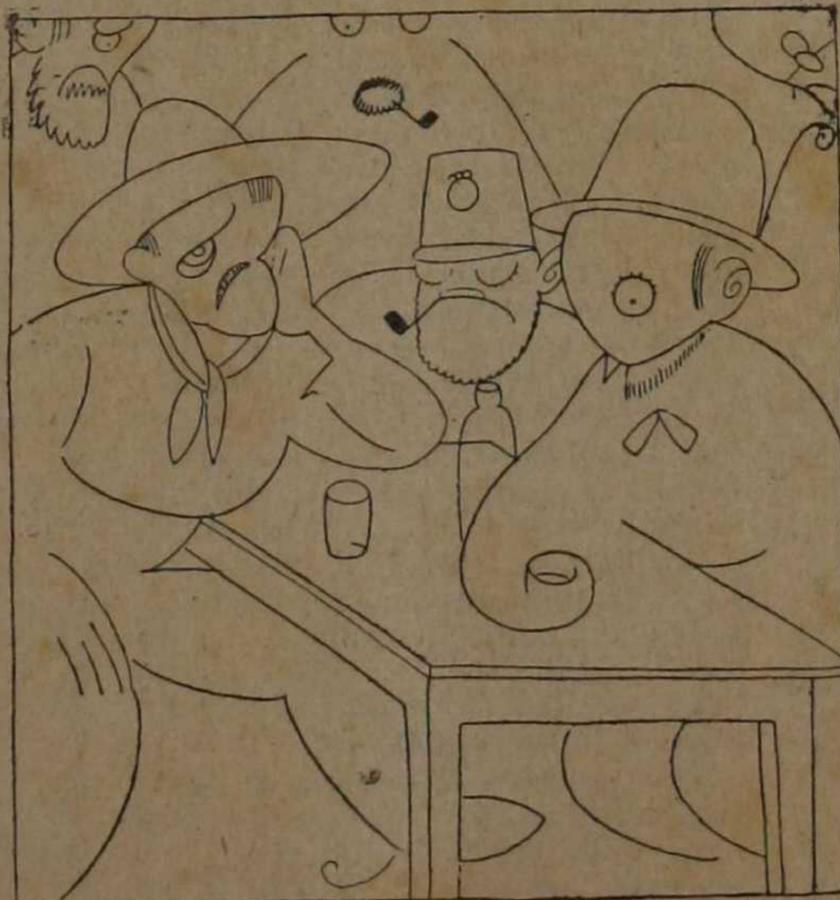
En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

Revolución fracasada

(Cuento americano), por Bagaría.



—¡Qué dolor! Cuando todo el pueblo estaba «preparao» para la revolución, ¡cataplum!, una orden de la Policía suspendiéndola...

(El Sol, Madrid).